

que el Divino Espíritu va á comunicar sus dones á tantos hijos de esta noble ciudad. Que Él descienda también sobre V. M. y su imperial familia, que él lo acompañe en su viaje, y no lo abandone á su regreso en medio del católico pueblo que, por disposición de lo alto, hace tantos años gobierna. Él lo conduzca, por último, á los alcázares celestes en unión de los devotos fieles que me escuchan. Así sea.



FERVORÍN

PARA LA PRIMERA COMUNIÓN DE UNA NIÑA.

TRADUCCIÓN LITERAL DEL ITALIANO EN QUE FUÉ

PRONUNCIADO, EN EL CONVENTO DE SANTA

SUSANA DE ROMA, EL DÍA DE LA

ASCENSIÓN, 25 DE MAYO

DE 1865.



HÉ aquí el Cordero de Dios. Ved aquí al que con su sangre preciosa ha lavado los pecados del mundo. Ved á Aquel que, siendo creador del cielo y de la tierra, no desdeñó tomar nuestra carne mortal en el seno de una purísima Virgen, para satisfacer su inmenso amor hacia nosotros y abriarnos las puertas del Paraíso, cerradas por el pecado al hombre delincuente. Ved á Aquel que, no contento con humillarse tomando la forma de un esclavo miserable, se ha abajado todavía hasta esconderse bajo las especies de pan y de vino, para unirse mejor á nosotros, pobres pecadores, y permanecer con nosotros perpetuamente sobre la tierra.

¡Acércate, oh niña, que hoy por vez primera vas á tener la dicha inefable de recibir en el seno á tu Señor! ¿Ves la hostia inmaculada que te presenta mi trémula mano? Inclina la frente y adórala. Lo que á los ojos del cuerpo no parece sino pan, es el mismo Dios que llena el cielo, y la tierra, y el universo entero con su inmensidad. Es el Verbo Encarnado, el mismo que, hecho hombre por amor nuestro, nació en Belén de María Virgen, y fué adorado por los coros angélicos. ¡Ea! Prepárate tú también á recibirlo en los brazos como lo hizo su santísima Madre; apresúrate á cubrirlo de reverentes besos, y á estrecharlo á tu seno con vivísimo amor. Él arde en deseos de unirse á tí; él está pronto á abandonarse en tus manos, y á seguirte adonde te plazca llevarlo. Mira á este tierno niño ansioso de pasar de mi diestra á tu corazón para colmarte de celestiales caricias.

Es el mismo que, apenas nacido, tuvo que huir á las lejanas regiones del Egipto, sufriendo en tan tierna edad los rigores del frío y los ardores del sol. El hambre, la sed, la desnudez, las fatigas de un penoso viaje atormentaban su delicado cuerpecillo; pero Él todo lo sufría contento por tu amor. Años y años pasó en esta tierra una vida dura, miserable, objeto siempre de la ingratitud y de la aversión de los hombres, que se obstinaban tenazmente en no reconocer á su Señor, á su bienhechor, á su Redentor. *In propria venit et sui eum non receperunt.* (JOAN. I.) ¡Y todo, hija mía, todo fué por salvarte á tí, por redimirte de la muerte y del infierno!

Contempla á este Señor que ahora tengo en mis manos y acuérdate de cuánto padeció por tu amor. Recuerda aquella noche de eterna memoria en que, lejos del

estrépito del mundo, se retiró al huerto de Getsemaní, á rogar á su Padre celeste por los desdichados pecadores. Acuérdate del sudor copiosísimo de sangre que brotó de cada poro de sus miembros santísimos. Repasa en tu mente aquella mortal amargura de que se llenó su alma bendita, *tristis est anima mea usque ad mortem.* (MATT. XXVI, 38.) Escucha, escucha de sus labios divinos aquellas inolvidables palabras: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste.* ¡Padre mío! Si es posible, aleja de mis labios el cáliz amargo de mi pasión. Yo estoy dispuesto á ejecutar tu omnipotente voluntad, yo estoy resuelto á sufrir todos los tormentos que me preparan mis malagradecidas creaturas; pero me espanta la ingratitud de las generaciones venideras; me aterroriza el desprecio con que verán mis padecimientos; me asusta el contemplar que, á despecho de mi infinito amor, de mis innumerables sacrificios, tantas almas se perderán irremisiblemente. Pero no obstante, ¡oh Padre! hágase Tu voluntad, *fiat voluntas Tua!*

El mismo que profería esta divina plegaria, el que en aquellos momentos, siglos antes que tú vinieses al mundo, pensaba en tí, te miraba á tí, rogaba por tí, ahora está delante de tus ojos ¡oh niña afortunada! contemplándote cara á cara, ansioso de unirse á tí aún más íntimamente. Apresúrate á corresponder á tanto amor. Reclina tu cabeza en su pecho, manifiéstale tu afecto y compénsalo así por el beso traidor del ingrato discípulo.

Este su cuerpo, ahora impasible, y que ya no puede pasar el dintel de la muerte, fué en un tiempo más delicado aún y más sensible que tus miembros tan tiernos. Sobre estas delicadísimas espaldas, ¡ay! cómo llovieron

los azotes! ¡Con qué crueldad atravesaron las espinas sus sensibilísimas sienes! ¡Cuánto sufrieron sus sagradas plantas y sus manos suavísimas, barrenadas por los toscos clavos que sostenían el peso de este divino cuerpo, por tí pendiente de infame cruz. Pero tu Señor, en medio de tantos tormentos, alegre y contento dejaba correr de sus innumerables heridas su sangre preciosa, para poder un día con ella embriagarte, hacerse en cierto modo un mismo sér contigo, y participarte, en cuanto es posible, su divinidad. Aviva tu fé y mira las señales de aquellas cinco llagas de donde brotara la fuente de nuestra salud. Bebe, bebe esa sangre divina, aliméntate con esa carne preciosa por tí azotada, por tí coronada de espinas, por tí enclavada en la cruz, por tí muerta en medio de inefables tormentos. Cristo, es verdad, triunfador de la muerte, resucitó glorioso de entre los muertos, ascendió á los celestes alcázares y está sentado á la diestra de su Padre divino. Pero tampoco quiso dejarnos huérfanos, sin apoyo y abandonados sobre la tierra. Se ha quedado con nosotros en el adorable Sacramento de la Eucaristía, continúa sacrificándose todos los días por nuestros pecados, es el verdadero Cordero de Dios que, como dice el Crisóstomo, nunca muere aunque lo inmolemos sin cesar, vive siempre aunque siempre muerto místicamente en el Santo Sacrificio, *nunquam moritur immolatus, semper vivit occisus*. ¡Oh amor inefable de Dios! ¿Cómo podrás, oh niña, corresponder á tal exceso de amor? ¿Qué tienes que dar á tu Jesús, que te da lo mejor que tiene el Paraíso celeste, que se te da á sí mismo? ¿No oyes su voz dulcísima que te llama con el Esposo de los Cantares, y te dice: *Aperi mihi, soror mea,*

amica mea, columba mea, immaculata mea? Ábreme la puerta de tu corazón, amada mía, déjame por primera vez atravesar ese dintel, hasta ahora nunca traspasado. Ábreme, hermana mía; soy tu creador, pero he querido hacerme tu hermano tomando también yo tu carne mortal. Ábreme, alma querida: ya eres mi amiga por la gracia que te conferí en el bautismo; pero quiero estrechar más y más los lazos de amistad que á tí me unen, dándote en alimento mi cuerpo mismo, y en bebida la sangre que por tí derramé sobre la cruz. Ea, paloma mía: déjame penetrar hasta lo más íntimo de tu corazón. La sencillez me enamora, y quiero hacerte la gracia de conservar siempre, y en medio de las astucias del mundo engañador, esa bendita sencillez que me complazco en comunicar á tu tierna edad. Déjame detenerme contigo en dulces coloquios; te haré *mi immaculada*; con tal que tú quieras corresponderme, te concederé el dón de una pureza sin mancha, haré tu alma más blanca que la nieve. ¡Dichoso momento el que va á unirme á tí; dichoso momento que he deseado sin cesar desde el primer instante que tomé esta humana naturaleza! *Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea.*

¿Y qué respondes, hija mía, á tan afectuoso llamamiento? ¡Oh! Díle llena de amor: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*. Estoy aparejada á recibirte, mi Señor y mi Dueño. Ardo yo también en deseos de abrazarte, suspiro yo también por unirme contigo. Pero, oh Jesús mío, temo acercarme. Me aterroriza mi propia indignidad. Apenas he empezado á vivir, y ya te he ofendido tantas veces. Perdóname, oh Señor: perdóname, y hazme digna de obedecer á tu santísimo llamamiento. Pu-

rifica mi corazón, y antes de entrar en él, enciende el fuego de tu divino amor, para que pueda dignamente hospedarte en mi seno. No soy digna, en verdad, de que entres á morar bajo mi humilde techo, *Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum.* Pero pronuncien una sola palabra tus labios omnipotentes, y la lepra inmundada que cubre mi pobre alma, desaparecerá instantáneamente; *sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.* Ven, Jesús mío, que una vez que llegue á poseerte, jamás te soltaré: *inveni quem diligit anima mea, tenui eum nec dimittam.* Ven á consolar á esta tu pobre creatura, ven á confortarla, ven á enriquecerla con tus valiosísimos dones. Ven, mi dulce Jesús, que yo en cambio te daré cuanto puedo darte, te daré mi corazón ahora y toda mi vida.

Háblale de esta suerte, oh niña, y regocíjate, porque ya se acerca el momento de la unión tan deseada con tu Jesús. Acércate á esta sagrada Mesa, y recibe de mis manos el Pan de los Ángeles.

Castas Vírgenes á cuya sombra crece esta inocente niña! acercaos también vosotras á participar de este adorable sacramento. Contemplad á vuestro Jesús que, como el Esposo de los Cantares, *respicit per cancellos,* os está espiando á través de las rejas, y suspirando por el momento de entrar á vuestro pecho á recibir vuestros dulcísimos abrazos. Esforzaos por corresponder á las gracias infinitas de que él os ha colmado, escogiéndoseos entre tantas, para ser sus esposas queridas. Dichosas vosotras que, lejos del mundo, podéis entregaros por completo á vuestro Jesús y recibirlo tan á menudo en vuestro seno. Dad gracias á Dios por tamaño favor, y con todas las fuerzas de vuestra alma procurad haceros

dignas de vuestro santísimo Esposo. Ved cómo, dejando su trono de gloria, *descendit in hortum suum ut lilia colligat,* baja á este su huerto que con tanto afán ha regado, para escoger las azucenas más fragantes y cortar los lirios más olorosos. ¡Oh! Corred todas á su encuentro, y entrad en santa lucha á ver quién le presenta más cándida y más pura la azucena de su virginidad. Dichosa aquella cuyas virtudes exhalen el aroma más exquisito, y atraiga á Jesús hasta el íntimo retrete de su corazón. Dichosa aquella que, en este día solemne en que Jesucristo subió á los cielos para enseñarnos el camino por donde quiere que todas lo sigáis, pueda ofrecerle como regalo la caridad más ardiente, la obediencia más perfecta, la humildad más profunda. Llenas todas de esta santísima emulación, de este ardiente deseo de agradar á vuestro Esposo celeste, acercaos á esta sagrada Mesa, y recibid de mis indignas manos á Jesucristo sacramentado.

